

ojos. En Teté, por el contrario, dejó ciegos á cuatro ó cinco de nuestros hombres.

Todas las noches, al terminar la cena, los nuestros se colocan alrededor de las hogueras, y se ponen á hablar ó á cantar. Un batoka se ocupa en tocar el *Sansa* hasta muy entrada la noche, acompañándose con un canto que improvisa, y en el que refiere los hechos de que ha sido testigo durante los dos ó tres últimos años.

Algunas veces se suscita una cuestion política y la conversacion se anima, siendo el tema inagotable la mala administracion de los jefes. «Nos gobernaríamos mejor á nosotros mismos, dicen:—¿de qué sirven los jefes, y para qué tenerlos? El jefe casi nunca hace nada, y sin embargo, está gordo; tiene muchas mujeres, al paso que nosotros que sobrellevamos lo mas áspero del trabajo, pasamos hambre, no tenemos sino una mujer, y muchas veces ni una sola podemos te-



En la orilla del Zambese.

ner. Esto es infuico, injusto y contrario á la razon.» A estas palabras se levanta por todas partes un estrepitoso *ché*, que equivale á nuestro ¡escuchad! ¡escuchad!

Concluida la velada todos se entregan al sueño. Levantámonos al rayar el dia (cerca de las cinco), y mientras tomamos té con un pedazo de galleta, los hombres que nos sirven doblan y meten en los sacos la ropa de nuestras camas. Cada cual arrolla su estera y la suspende de la estremidad de un palo que se lleva sobre el hombro, y de cuya otra estremidad cuelga la marmita. El cocinero, por su parte, recoge los platos, con los que se carga, y al salir el sol toda la comitiva se pone en camino.

A las nueve, si el lugar convida á ello, nos detenemos para desayunarnos. La comida ha sido prepa-

rada por lo regular el dia anterior, á fin de no perder tiempo, bastando por consiguiente, volver á calentarla.

Hecho esto, continúa la marcha y por la tarde se descansa para proseguirla al dia siguiente.

Por término medio hacíamos de 2 á 2 y media millas por hora, ocurriendo pocas veces que caminásemos mas de 5 ó 6 horas diarias, pues en un pais cálido esto es lo mas que puede viajar sin sentirse rendido por el cansancio; y por otra parte deseábamos que la excursion nos sirviese mas bien de recreo que de fatiga. Acelerar el paso, lanzar cólericas miradas á los sirvientes y decirles injurias para procurarse mas adelante la pueril satisfaccion de encarecer la rapidez con que se ha hecho el camino, es tan odioso como absurdo. Por el contrario, la afabilidad con que se

mira á los compañeros, los miramientos que se tienen respecto de ellos, aunque sean negros, el placer de contemplar el pais, de observar tantas cosas nuevas, que se examinan mucho mejor cuando se camina á un paso regular, y por último, el encanto de los momentos de descanso, hacen delicioso el viaje.

Las llanuras de Chicova, cuya tierra es pingüe y de color oscuro, son en extremo fecundas, y en otro tiempo alimentaban á una numerosa poblacion; pero

la guerra y la esclavitud han barrido la mayor parte de los habitantes. No obstante las altas y espesas yerbas que las han invadido, el algodón crece en los lugares abandonados.

Algo de espantoso debe haber en el aspecto de los blancos para los negros que los ven por primera vez, pues cuando entramos en alguna poblacion aun no visitada por los europeos, el primer niño que descubre á los hombres *cosidos dentro de sacos*, se da á cor-



Herrero en Simariango en la orilla del Zambese.

rer poseido de un miedo no menos terrible que el que se apoderaria de un muchacho de nuestras ciudades si viese salir de repente una momia de un cementerio. Asustada por los gritos salvajes del chicuelo, la madre sale de la choza, pero vuelve á meterse atropelladamente en ella, no bien á sus ojos se presenta la formidable aparicion. Hasta los perros huyen del blanco, y con el rabo entre piernas se alejan desparvoridos, en tanto que las gallinas, abandonando sus polluelos, se refugian, cacareando sobre los tejados, y el pueblo, un momento antes tranquilo, presenta un cuadro de desorden y tumulto, hasta el momento en que nuestros makokolos se ponen á reirse, y ase-

guran que los blancos no se comen á los negros; porque es de advertir que en Africa un chiste suele tener mayor influencia que las palabras mas graves. Algunos de nuestros elegantes perderian quizá un poco de la alta opinion que de sí mismos se han formado, si viesen que todas las jóvenes de un lugar huian ante ellos, ó si oyesen, como á nosotros nos ha sucedido, que las madres los trasformaban en *bús* ó cocos, y decian á sus chiquillos: «Si sois malos, llamaré al hombre blanco para que os muerda.»

El uso de la hulla es desconocido de los indigenas.—H. m. gas guerreras.—Mono respetado.—Pangola-Zumbo.

Atravesamos el Nyañatarara, arroyo que forma el



límite de Chicova, y nos encontramos en medio de unas rocas de asperón. Aquí, como en Chicova, la hulla abunda en las márgenes del Zambese.

Los indígenas no sabían que la hulla es combustible; así, pues, cuando les dijimos que con ella se encendía fuego, se sonrieron con un aire de marcada incredulidad, y nos respondieron moviendo la cabeza: «¡Bah!» siendo su sorpresa extraordinaria al ver que aquellas piedras negras ardían en nuestro fuego como leña; entonces nos dijeron que había gran abundancia en las montañas.

Un dique de basalto llamado Kakololé atraviesa el Zambese cerca de la embocadura del Singeré, ó Nyamatarara. La muralla formada por él se interrumpe en dos sitios, y cada una de estas brechas tiene de 60 á 80 pies de anchura, siendo allí muy profunda el agua.

Hay en aquellos parajes muchos focos destinados á servir para las cacerías; en su fondo se clavan estacas que terminan en punta, y al caer sobre ellas el animal, queda empalado.

Acampamos en las orillas del Sinjeré, bajo una higuera silvestre de muy estensa copa.

En derredor nuestro el suelo abundaba en hormigas blancas. Sus galerías de arcilla, destinadas á sustraerlas á la vista de los pájaros, se estienden por la tierra, se apoyan en los árboles y corren á lo largo de las ramas que dichos insectos desembarazan de las partes secas.

Un ejército de gruesas hormigas negras, que merodeaba por aquellos sitios, atacó cerca nuestro campo una fortaleza de hormigas blancas. Como la lucha fue subterránea, no pudimos presenciar el combate; pero pronto pareció que las hormigas negras habían ganado la batalla, porque volvieron en triunfo cargadas de huevos de las blancas.

Dejamos el Sinjeré el 12 de junio. Nuestra gente iba cargada de carne de hipopótamo, de que se prometía vender una buena parte. Nos desayunamos en frente del dique de basalto que confina con el canal, al Oeste del monte Manyereré.

Un mono errante, muy gordo, casi domesticado, y mucho mayor que todos los que hasta entonces habíamos visto, salió tranquilamente de un jardín por cuyas inmediaciones pasábamos. Para aquellos naturales el mono es un animal sagrado; así pues, nunca lo matan ni lo molestan, persuadidos de que son almas de sus antepasados que habitan en aquellos cuerpos degradados, y que ellos mismos, un día ú otro, tomarán idéntica forma.

Los jardines están separados unos de otros por una sola fila de pequeñas piedras, algunos puñados de yerba, ó un surco ligeramente abierto con el azadón. Algunos están rodeados de una empalizada de frágiles cañas; y no obstante, esto basta para alejar á los

hipopótamos, que, desconfiando de semejante barrera, se abstienen de salvarla por temor de verse cogidos en alguna trampa.

El 4 de junio llegamos á Senga, pueblo floreciente situado al pie del monte Motemua, y gobernado por Mamyamé.

Casi todas las montañas de la región que describimos están cubiertas de bosques matizados de yerba verde ó amarilla, y casi todas las laderas son fértiles, aun las más escarpadas.

Hombres y mujeres preparaban la tierra para la sementera de noviembre.

Más adelante, nuestro camino atravesaba vastas soledades, faltas de toda vida: ni un pájaro, ni un cuadrúpedo, ni un insecto se hacía oír; no había en las inmediaciones un solo pueblo; el aire estaba inmóvil; cielo y tierra parecían sepultados en profundo sueño, y nuestra fatigada caravana, arrastrándose, digámoslo así, por la ardiente llanura en la cual nos deslumbraba el reflejo de los rayos solares, asemejaba á la embarcación que flota en un mar desierto. Sin embargo, no estábamos enteramente solos en medio de este silencio sepulcral: rodeábanos formas vivientes y miradas curiosas acechaban nuestros movimientos. Entrase en un bosque, y se ve una turba de *waterbucks* ó pallahs, de tal modo inmóviles y mudos, que no parece sino que forman parte del paisaje. Al pasar cerca de un matorral se descubre la vaga sombra de los búfalos, que con la cabeza baja espían al viajero con su feroz mirada, hasta que al fin un brusco recodo del terreno hace que se encuentre un indígena, que habiendo visto desde lejos al caminante, ha ido acercándose silenciosamente para examinarle más á su placer.

23 junio.—Entramos en el pueblo principal de Pangola, aldea situada á más de 1 milla del Zambese, y donde los restos de una pared demuestran que se ha querido imitar el género de construcción propio de los portugueses. Acampamos al pie de una higuera magestuosa cuyo tronco estaba rodeado de amuletos, cuyo objeto era proteger la miel de una colmena que las abejas silvestres habían fabricado en una de sus ramas. El talismán, que consiste en una faja de hojas de palmera pintarrajeada de cualquier cosa, y adornada con un pedacito de madera, de una raíz, ó algunos manojillos de yerba, se compra al doctor estado, de quien ya hemos hablado; átese alrededor del árbol, y los indígenas están persuadidos de que puede causar una enfermedad, y aun acaso la muerte, al ladrón que se atreviese á trepar por ella.

Pangola vino á visitarnos: estaba ebrio y hablaba, como decirse suele, por los codos. «Somos amigos, excelentes amigos,» nos dijo. «Aquí os traigo un cesto de maíz verde; tomadlo.» Dímosle gracias, y además dos brazas de tela de algodón, que valían cuatro veces

más que todo su maíz. Pero esto no bastaba, pues el señor Pangola no se satisfacía con tan exíguo regalo, sino que exigía nada menos que un fusil de dos cañones. Esto es lo que significaba cuando nos decía: «Somos amigos, excelentes amigos.» Ninguna dificultad nos costaba dar asenso á sus protestas; pero no tuvimos por conveniente regalarle un fusil de dos cañones; así es que el exigente compadre se retiró muy descontento. Decididamente, los bribones blancos y los tunos negros son hermanos.

A imitación de sus compatriotas del Chiré, los Manganjas del Zambese tienen estremada afición á la agricultura. Además de los productos alimenticios, que entre ellos son variados, hacen venir más tabaco y algodón de lo que consumen, y cuando se les pregunta si trabajarían voluntariamente para los europeos, responden que sí, siempre que estos perteneciesen á la clase de hombres que pueden pagar el trabajo ajeno, y no á la de los aventureros que necesitan que se les proporcione trabajo.

Desde la residencia de Sandia hasta la de Pangola todos los indígenas están bien vestidos, y los géneros que emplean han sido hilados y tejidos por sus propias manos. En Senga el hierro se extrae del mineral en gran cantidad y se trabaja perfectamente.

Según costumbre, siempre que una partida armada pernocta en la población, Pangola, lleno de prudencia, se fué á dormir á una de las aldeas vecinas. Cuando esto ocurre, nadie sabe, ó por lo menos se niega á decir donde va á pasar la noche el jefe.

26 junio.—Almorzamos en Zumbo, en la orilla izquierda de Loangua, no lejos de las ruinas de algunas antiguas casas portuguesas, y á las ocho de la noche todos nos encontramos sanos y salvos en la orilla derecha.

Ma-Mburuba.—Azufaias.—Abundancia de caza.—Bazilulús.—Cynhyene.—Tombanyama.—Embocadura del Kafué.

Todo un día pasamos cerca de las ruinas de Zumbo.

Desde los escombros de una iglesia sobre los que hay una campana rota, se dominan ambos ríos, la vista es magnífica, y en lontananza se estienden campos de un hermoso verdor, un bosque que el viento hace ondular agradablemente, colinas encantadoras y hermosas montañas.

28 junio.—Volvímos á ponernos en camino. La caza abunda allí de un modo sorprendente, y los leones son numerosos. Uno de ellos, ya dispuesto á devorar un cerdo montaraz, fue puesto en fuga por Mbia, que se apoderó de la presa y la destinó á su regalo. Los leones son particularmente aficionados á la carne de cerdo y de zebra.

Aquella tarde llegamos á la aldea de Ma-Mburuba, jefe femenino que á la sazón residía al lado opuesto

del Zambese. Aquí nos alejamos de éste, para subir al valle que conduce al paso de Alburuma, llamado en otro tiempo de Moango.

El buazé y el bambú crecen en las colinas; pero el azufaió, que sin duda alguna ha sido importado de la India, no se estiende más allá. Desde Teté hemos comido en todas partes azufaias, las que se parecen algo en el sabor á las manzanas, de lo que procede el nombre de *mazaás* que les dan los portugueses. Zumbo es la última estación que éstos han tenido en el Zambese.

El agua escasea en el paso de Mburuba, excepto en la época de las lluvias.

Cuando un cazador indígena atraviesa un lugar árido, conoce por los animales que á su paso encuentra, donde conseguirá hallar agua. Las pistas del pallah, del búfalo, del rinoceronte y de la zebra, dan siempre la seguridad de que hay agua en las cercanías, porque nunca se alejan mucho de ella. Asimismo, cuando en medio de la calma solemne de los bosques el canto de las avecillas recrea nuestro oído, estamos seguros de que tenemos agua.

3 julio.—La cantidad de caza de toda especie aumenta de día en día. Como ejemplo de la que se encuentra en los lugares inhabitados donde el arma de fuego es desconocida, citaremos lo que hemos visto hoy, 3 de julio de 1860. Al amanecer, algunos elefantes han pasado á menos de 50 yardas de nuestras hogueras, siguiendo el cauce seco de un arroyo, y dirigiéndose al Zambese. Un poco más allá encontramos una bandada de pintadas, de las que matamos más de las necesarias para nuestra comida, y dejando al cocinero y á su gente el cuidado de cogerlas, seguimos adelante. Muchos francolines pasaron á nuestra vista; las tórtolas, que hacíamos levantar á centenares, volaban estrepitosamente para ir á refugiarse á los árboles, y no era raro hallar bandadas despavoridas de ánades. Al salir el sol, numerosos pallahs permitieron á la larga fila de nuestros hombres acercarse á ellos á una distancia de cerca de 50 yardas; pero como teníamos bastantes provisiones, los dejamos marchar sin molestarlos. Poco después nos vimos frente á frente de una multitud de *waterbucks*, cuya carne es aquí más seca, y cuyo pelo mucho más oscuro que cerca de la costa. Su banda y la nuestra se miraron amistosamente, y la dejamos para ver correr hácia las abrasadas pendientes de las colinas un rebaño de antílopes hembras, entre las que figuraban uno ó dos machos de asombrosa cornamenta.

6 julio.—Acampamos en la orilla izquierda del Chongué, arroyuelo de 20 yardas de anchura, que atraviesa las montañas que teníamos á nuestra derecha. Una partida de bazilulús del Sur, acaudillada por Dadanga, vino á establecerse recientemente aquí, y al parecer mantiene amistosas relaciones con los



baboas, dueños del suelo. Estos recién llegados se han construido un pueblo en donde hay muchas casas cuadradas, y cultivan el algodón, así como también todos los habitantes de esta provincia.

El jefe bazilulú nos ha hecho una buena acogida, mostrándose afable y hospitalario.

La jornada del día siguiente nos hizo salvar el terrenal superior y atravesar un terreno espinoso.

Los balalas del Kalahari consiguieron domesticar en otro tiempo el cynhyene (perro salvaje, *hycena venética*) y lo emplearon como perro de caza. Un vecino de Kolobeng se acordaba de haber visto en su infancia una trahilla de estos animales volver de una cacería con sus dueños, que los guiaban como á un rebaño de cabras y los albergaban en un pozo como medida de seguridad.

En todos los pueblos cuelgan de las ramas ó están colocados al pie de la enorme higuera de la plaza pública, soberbios trofeos de caza, como cuernos de búfalo y antílope.

9 julio.—Después de haber pasado cerca de cuatro pueblecillos, almorzamos en casa de Tombanyama, uno de nuestros antiguos amigos, que ocupaba en otro tiempo una isla del Zambese, y que actualmente habita en la tierra firme. Hay en la casa un patio bien surtido donde abundan los pichones y capones, de los que nos regaló uno de los más hermosos, agregándole un cesto de harina.

Los habitantes de esta región tienen sal suministrada en abundancia por la llanura, y que obtienen por el mismo procedimiento que, según hemos visto, se emplea en las orillas del Chiré.

Esta tarde hemos llegado á una de las poblaciones fronterizas á Kambadzo, que habita por lo regular la isla de Nyampanga ó Nyangabulé, situada á la embocadura del Kafué.

Los batongas y los batokas —Cultivo.—Los desnudos.—Los cementerios.—Creencias.—Cataratas de Victoria, visibles á una distancia de más de 20 millas.—Moshobotuané.—El marido de una bruja.

10 julio.—Mas abajo de la confluencia del Zambese y del Kafué, viven sobre un banco de arena muchos hipopótamos, que dejándose ver sobre el agua, producen el efecto de una masa de rocas negras.

11 julio.—A consecuencia del viento y del mal estado de las canoas, nuestro paso del Kafué hubo de sernos más largo de lo que en otro caso lo hubiera sido; por lo que no llegamos al otro lado del río sino á una hora muy avanzada de la tarde. Ya en la orilla derecha, nos hallamos entre los bahués.

Pasamos la noche en una aldea situada á poca distancia del lugar en que vadeamos el río. Los habitantes son de origen batoka, como gran parte de los que forman nuestra comitiva. Dánse á sí mismos la

denominación de balengis ó batongas, que quiere decir independientes.

Siempre que entramos en la ciudad ó salimos de ella, las mujeres nos saludan dando palmadas y murmurando un canto monótono y melancólico y los hombres nos manifiestan su respeto golpeándose los costados con las manos.

Estos batongas ó balengis cultivan el sorgo en gran escala, y tienen una especie de él cuya caña se dobla naturalmente, de manera que la espiga maciza se inclina al suelo. Terminada la recolección, se amontona el grano en grandes tablados, en que también se ponen otros productos. Los hombres, diestros cazadores, matan á los elefantes y búfalos con unas lanzas tan largas como pesadas.

12 julio.—Esta mañana hemos hecho un alto de algunos minutos en frente de la estrecha isla de Sikakoa, en cuya punta inferior hay un pueblo.

El horizonte seguía mostrándose limitado por montañas cuyas faldas bajaban algunas veces hasta el río. La cantidad de hermoso mineral de hierro que en ellas se encuentra, y la existencia de un prodigioso lecho de hulla anuncian á esta región un gran porvenir.

14 julio.—Abandonamos el Zambese en el lugar en que atraviesa la garganta de Kariba, formada por la cadena de montañas que va del Nordeste al Sudoeste.

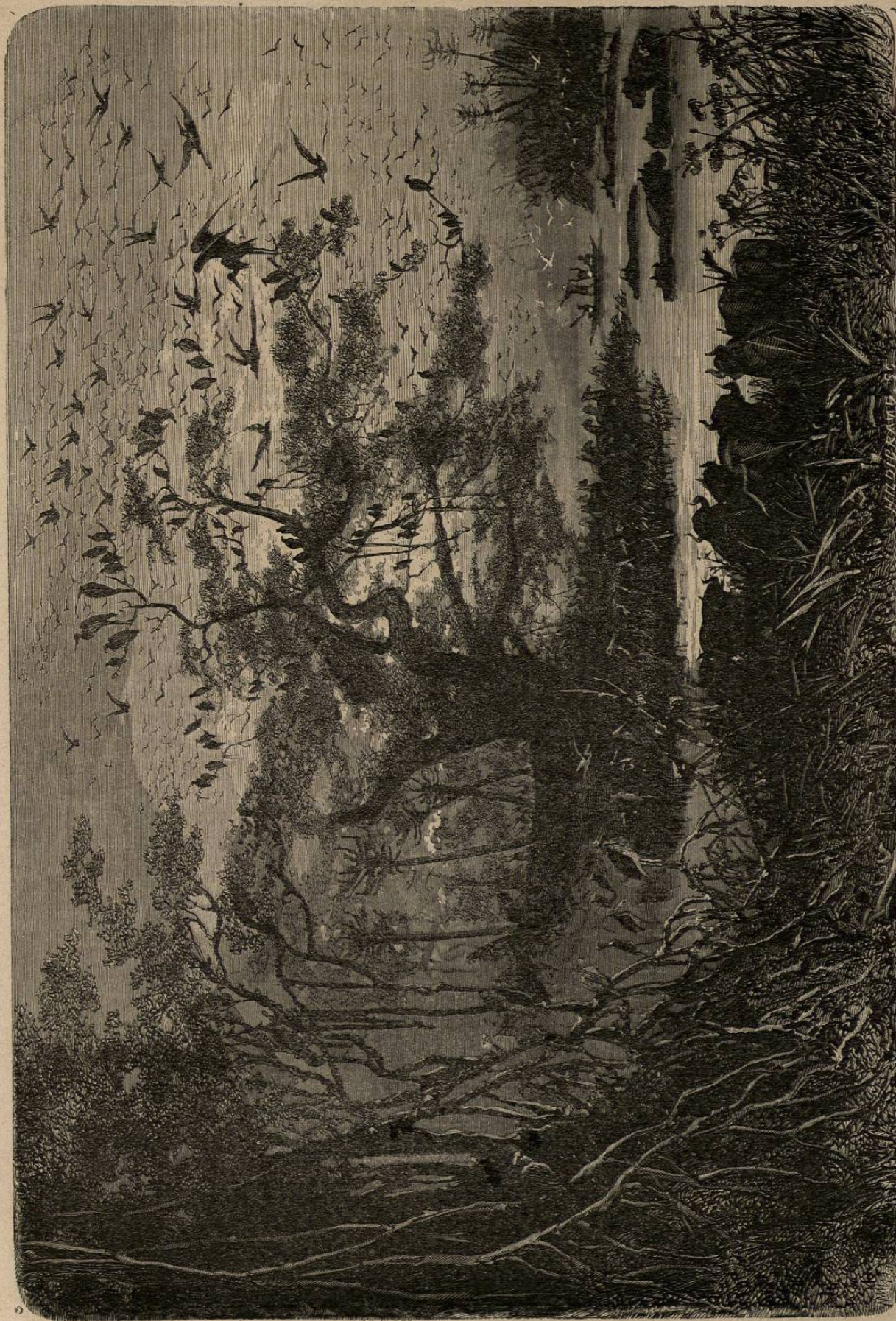
Después de doblar la estremidad Norte de las mismas, establecimos nuestro campo cerca del pueblo del cacique Moloí, hombre generoso que nos obsequió con tres enormes cestos de hermosa harina de sorgo, dos jarros de cerveza, dos gallinas, y recibió con agradecimiento nuestro presente. Levantóse, hizo algunos ademanes como de baile, y nos dijo, ó más bien cantó esta palabra: «*motota! motota! motota!*» lo que los nuestros tradujeron en un vocablo que significa: «Os doy gracias.»

Vimos numerosas bandas de excelentes grullas de Numidia. Mucho abundan también las pintadas, pero son más indómitas á causa de la guerra que les hacen los indígenas, que las matan á flechazos, ó arrojándoles sus mazas que lanzan con muy certero tino.

Desde el Kafué la orilla izquierda y las islas del Zambese están muy pobladas. La orilla derecha por el contrario, aunque igualmente fértil, está enteramente desierta.

Partiendo desde Moloí, los habitantes, aunque batokas de origen, se denominan bahués.

Atravesamos un país fértil cubierto de un bosque por el que nos acompañaron los bahués, de quienes recibimos una cordial acogida. Muchos de ellos son llamados por sus compatriotas Baenda-Pezi, que significa *enteramente desnudo*, porque unos brochazos de ocre encarnado forman su vestido. Cuando nos dete-



Abundancia de caza en las orillas del Zambese.